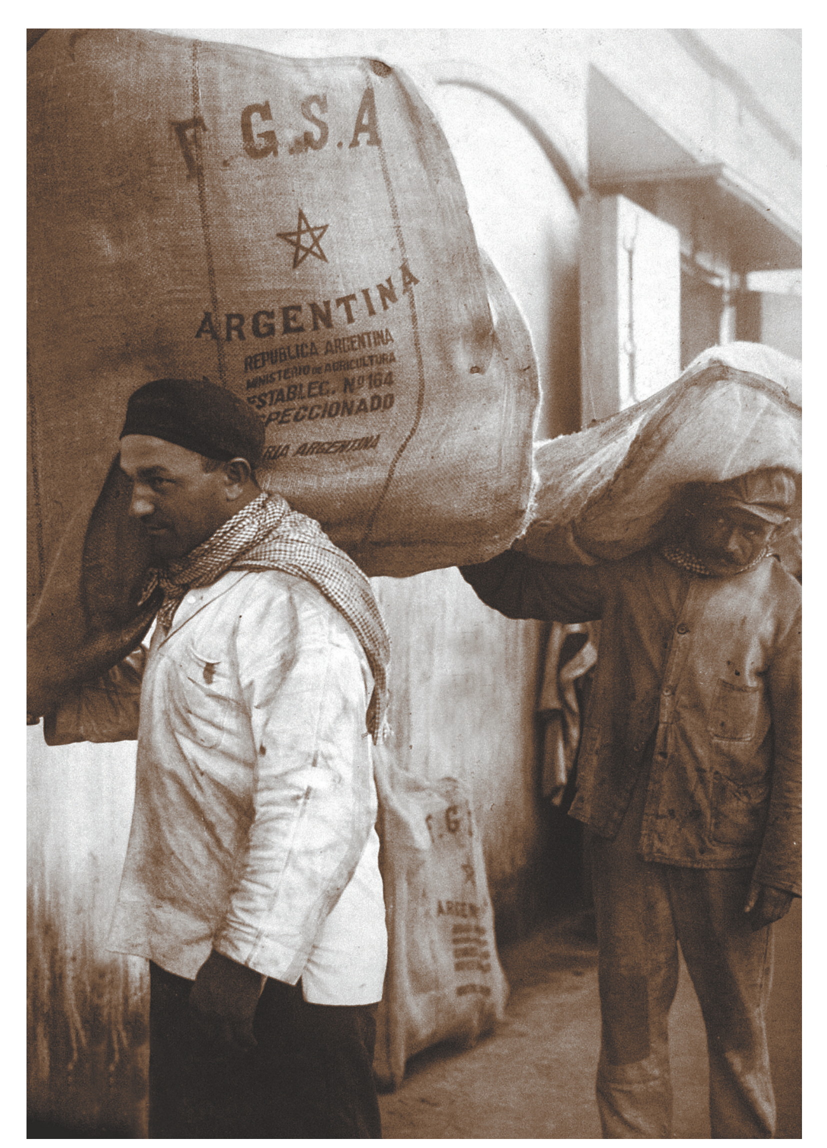
HISTORIA DE LA ECONOMÍA ARGENTINA DEL SIGLO XX

Página/12



23

LA CRISIS DE 1949-1952 Y EL "CAMBIO DE RUMBO"



Las graves sequías de 1949 a 1952 produjeron una pérdida de alrededor de 10 millones de toneladas de cereales, lino y girasol.

Staff

Director de la colección: Alfredo Zaiat

Director académico: Mario Rapoport
Coordinador: Ricardo Vicente
Colaboradores:
Andrés Musacchio
Eduardo Madrid
Hernán Braude
Agustín Crivelli
Martín Fiszbein
Pablo López
María Cecilia Míguez
Florencia Médici
Leandro Morgenfeld
Asistente de dirección: Natalia Aruguete

Director general: Hugo Soriani
Rumbo de diseño: Alejandro Ros
Diagramación: Juan Carlos Aguirre
Asistente de fotografía: Omar Chejolán
Coordinación general: Víctor Vigo

E-mail: *historiaeconomica@pagina12.com.ar*

Historia de la economía argentina del siglo XX
Mario Daniel Rapoport
1a ed. - Buenos Aires: La Página, 2007.
16 p.; 28x20 cm.
ISBN 978-987-503-451-8
1. Investigación Periodística.
CDD 070.43
Fecha de catalogación: 03/08/2007



En 1949, la inflación alcanzó un nivel record, al subir los precios al consumidor un 31 por ciento.

1 El sector externo, inflación *y desequilibrio fiscal*

Los límites de la fase de intenso crecimiento empezaron a expresarse en 1948. Se manifestaron en una desaceleración del incremento del Producto y en un aumento de la inflación. En 1947, el ingreso nacional había tenido una impresionante expansión respecto del año anterior en un contexto de relativa estabilidad de precios y con un saldo positivo en la balanza comercial. Pero a lo largo de 1948 la agudización del fenómeno inflacionario reflejó que la demanda estaba creciendo significativamente más rápido que la capacidad productiva. Y a fines de ese año comenzó a registrarse una precipitada pérdida de divisas, que preanunciaba una crisis del sector externo.

En 1949 se aceleró sensiblemente el alza de los precios, al tiempo que la situación del sector externo se volvió crítica y se agravó el déficit en las finanzas públicas. En ese año tuvo lugar una fuerte sequía que castigó a la producción agropecuaria y, por primera vez en ese período, se registró un saldo negativo en la balanza comercial. Los ingresos en divisas obtenidos mediante exportaciones tuvieron una fuerte reducción debido al castigo climático sobre el volumen de la producción exportable. Se sumó, además, una significativa caída en los términos del intercambio.

A la vez, la situación internacional tuvo una incidencia negativa sobre ese panorama del sector externo de la economía local. La Argentina, como el resto de los países latinoamericanos, fue discriminada y perjudicada con la aplicación del Plan Marshall, y durante esos años no fue posible colocar exportaciones en volúmenes considerables en el mercado europeo. Las reservas internacionales se habían reducido significativamente debido a la política de nacionalizaciones, el pago de la deuda externa y al flujo de importaciones que habían sido postergadas durante la Segunda Guerra. Entonces, el gobierno dispuso de menor capacidad para amortiguar los efectos del déficit del comercio exterior sobre la actividad interna.

Por su parte, la inflación, que en 1949 alcanzó un nivel record en lo que iba del siglo XX (los precios al consumidor crecieron un 31 por ciento), estuvo vinculada a la crisis del sector externo en la medida en que las dificultades para importar insumos y maquinarias encarecieron los costos de la producción local. Las importaciones estuvieron condicionadas por la disponibilidad de divisas. El gobierno se volvió más estricto en el otorgamiento de permisos de cambio,

pero no tenía muchas posibilidades de administrar selectivamente los activos externos sin ajustar la actividad económica porque la proporción de bienes de consumo en las importaciones ya se había reducido bastante con el avance del proceso de sustitución.

El alza de los precios también expresó las pujas distributivas, cuyos efectos se hicieron sentir a medida que la política de ingresos desplegada por el gobierno mostraba síntomas de agotamiento. Hasta entonces, la expansión de los salarios y la demanda agregada habían acompañado el incremento de la producción, por lo cual los empresarios habían podido compensar cierta caída en los márgenes con una masa de ganancias sustancialmente mayor. Pero a medida que se aproximaron al techo de la capacidad instalada, el aumento de los costos comenzó a trasladarse a los precios, que terminaron superando el ritmo de aumentos de salarios.

En 1950 la inflación persistió pero fue un poco menor que el año anterior, en parte gracias a las medidas restrictivas de política monetaria aplicadas desde fines de 1948 y a una pequeña reducción en el déficit público. El Producto volvió a crecer, aunque en forma moderada, y la situación del sector externo mejoró, en buena medida como resultado de la mejora transitoria en los precios de las exportaciones inducida por la Guerra de Corea, obteniéndose un saldo favorable en la balanza comercial. También en 1951 hubo cierta expansión económica, pero en un contexto de agravamiento de la crisis. El incremento de las importaciones, en línea con la recuperación del Producto, conllevó una fuerte caída de las reservas, y la inflación alcanzó nuevos máximos (los precios mayoristas aumentaron casi un 50 por ciento), mientras las finanzas públicas desmejoraron nuevamente. Una nueva sequía afectó seriamente a la producción agropecuaria en 1951–1952. En ese último año, el más duro de la crisis, la balanza comercial arrojó un déficit aún mayor y el Producto se desplomó casi 7 por ciento, al tiempo que continuaba la inflación.

El estrangulamiento externo fue uno de los rasgos centrales de esta crisis, poniendo en evidencia que las transformaciones de la estructura económica, aun cuando fueron capaces de apalancar el crecimiento y de promover cierta diversificación en el entramado productivo, no habían logrado desligar la dinámica del ciclo económico local de su vinculación con el sistema económico mundial.

La dependencia externa de la economía argentina se reconfiguró, desplazándose del abastecimiento de bienes de consumo al de combustibles, bienes de capital, insumos y materias primas necesarias para continuar el proceso de industrialización. De esta manera, el drenaje de divisas, la inflación y los desequilibrios fiscales se fueron convirtiendo en los rasgos más típicos de los períodos de crisis económica. En el de 1949-1952, esos tres elementos estuvieron presentes y se tradujeron en una reversión parcial del crecimiento de los salarios reales, que puso de manifiesto el carácter dependiente de la industrialización.


Perón, en un curso en la CGT, impulsó el “cambio de rumbo” para enfrentar la crisis.



Después de la reelección de Perón, el nuevo equipo económico instrumentó una serie de medidas para frenar la inflación.

2 El Plan de *Estabilización de 1952*

En 1949, cuando se manifestaron los primeros síntomas de la crisis económica, Perón había decidido desplazar a Miguel Miranda y conformar un nuevo equipo económico bajo la conducción de Alfredo Gómez Morales, en el que revistaron también Roberto Ares y Antonio Cafiero. Aunque defendió la racionalidad del sistema de nacionalización de depósitos bancarios establecido en 1946, Gómez Morales puso mucho cuidado en no incurrir en una política monetaria excesivamente expansiva, como la de la primera etapa. Sin embargo, durante su gestión la inflación trepó debido a que la crisis del sector externo conmovió las bases de sustento de la política de redistribución de ingresos y de la promoción industrial llevada adelante hasta entonces.

A comienzos de 1952, ya asegurada la reelección de Perón, el nuevo equipo económico anunció las medidas que venían preparándose desde hacía tiempo, cuyo propósito principal era contener la inflación. Se trataba de un programa de ajuste moderado, que sería el primer Plan de Estabilización de la Argentina de posguerra. Estrategia que contrastaba con la política de los primeros años.

Las disposiciones del Plan se centraron en la restricción del consumo, en el fomento del ahorro y en el aumento de la productividad. Medidas que fueron concebidas como un primer paso hacia la aplicación de otras de más largo plazo. El incremento del ahorro era uno de los objetivos centrales en el nuevo diseño de política económica porque ofrecía un doble atractivo. En primer lugar, podía convertirse en una fuente importante de recursos para las inversiones que el Estado buscaba promocionar y, por otro lado, aliviaría la presión sobre la oferta de bienes de consumo, disminuyendo en consecuencia las presiones inflacionarias.

En su explicación de los alcances y objetivos del Plan, Perón expresó que lo que "es cierto para la comunidad, aún lo es más y más directo para la economía de la familia y del individuo. Por eso, una forma de aumentar las ventajas de una mayor producción reside precisamente en disminuir el consumo mediante una economía doméstica que descarte el des-

pilfarro inútil. Quien gasta más de lo que gana es un insensato; el que gasta lo que gana se olvida del futuro; el que produce y gana más de lo que consume es un prudente que asegura su porvenir. Nosotros auspiciamos en el pueblo argentino la conveniencia del ahorro y la previsión, porque anhelamos que nuestro pueblo asegure su porvenir".

Una de las principales medidas fue la extensión de la duración de los convenios colectivos de trabajo, que a partir de entonces serían bianuales. Se estableció además que a partir de entonces los aumentos en las remuneraciones debían estar vinculados con los incrementos en la productividad del trabajo, marcando de esa manera la discontinuidad con la generosa política de ingresos de la primera etapa.

Otra de las iniciativas importantes fue la creación de una Comisión Nacional de Precios y Salarios, en la que se incorporaron tres representantes de la Confederación General del Trabajo (CGT), tres de la Confederación General Económica (CGE) y otros tres representantes de los consumidores. Esta innovación institucional, que apuntaba a dotar de legitimidad y constancia las intervenciones para frenar la inflación, se complementó con varias disposiciones tendientes a fortalecer los controles de precios.

El programa se completó con la contención del gasto público, el impulso al sector agropecuario y una actitud más favorable hacia el capital extranjero. Las medidas adoptadas contribuyeron, junto con la reducción del crecimiento del consumo provocada por la erosión de los salarios reales, a contener la inflación y recuperar el equilibrio externo, favoreciendo las condiciones para iniciar una nueva fase de crecimiento.

La fidelidad a Perón de los trabajadores, y en particular de los sindicatos, fue fundamental para el éxito del Plan, que no era acorde con sus intereses inmediatos. Aunque hubo algunas huelgas y otras manifestaciones contestatarias, las medidas de fuerza fueron dispersas y no socavaron la nueva política de austeridad.

La tentativa de reducir el ritmo de incremento de los precios fue exitosa. A partir de 1953 los índices de inflación se redujeron sustancialmente, tanto los mayoristas como los de los precios al consumidor. También se observó una recuperación del sector externo. Aun cuando los términos del intercambio continuaron empeorando, se logró cierta recomposición de las reservas internacionales gracias a los saldos positivos obtenidos en la balanza comercial en 1953 y 1954. Para ello fue importante la restricción en las importaciones, pues aunque se registró una recuperación de los ingresos de divisas por exportaciones, esos dólares no fueron suficientes para alcanzar los niveles más altos del período previo de expansión. En esos años se pudo retomar una senda de crecimiento vigorosa pero no tan acelerada como en la primera etapa de la gestión peronista. ⇼

3 El Segundo Plan *Quinquenal*

En febrero de 1952 el gobierno anunció públicamente la apertura de una etapa de diálogo y debate para la formulación del Segundo Plan Quinquenal, que fue presentado al Congreso nacional en diciembre de ese año. Las urgencias generadas por la crisis retrasaron su formulación y aplicación, cuya concepción reflejó las lecciones que había dejado el agotamiento del modelo redistributivo de los primeros años.

Los ejes del nuevo proyecto cristalizaron el "cambio de rumbo" gestado entre 1949 y 1952. Las cuestiones centrales en la política económica del segundo gobierno peronista estuvieron presentes en el Segundo Plan Quinquenal, y su anticipación puede rastrearse nítidamente en las medidas del Plan de Estabilización.

La crisis económica generó cierto reconocimiento de que en la economía argentina de posguerra, como se comprobaría más claramente con el correr de los años, la restricción externa resultaba un condicionante fundamental del crecimiento. Además, las crisis del sector externo aparecieron fuertemente asociadas al agravamiento de los procesos inflacionarios, que tuvieron un impacto negativo sobre la distribución del ingreso debido a la erosión de los salarios reales que implicaba el aumento de precios.

> Frente a la culminación de la etapa "fácil" de sustitución de importaciones, se propuso profundizar la integración de la economía nacional promoviendo el desarrollo de las industrias de base.

Más allá de manifestar una atenta preocupación por las tensiones inflacionarias, el Segundo Plan Quinquenal avanzó en algunas líneas de acción que apuntaron a resolver los problemas básicos de la economía. Se trataba de impulsar un proyecto de transformación de la estructura productiva para desarrollar en el mediano o largo plazo una economía nacional autónoma y dinámica, donde el equilibrio externo fuese compatible con la justicia social que el peronismo predicaba.

La política económica se concentró a partir de entonces en la promoción de las industrias básicas y el desarrollo de la infraestructura. El Segundo Plan Quinquenal pautó programas de inversiones en los sectores de materias primas, energía, transporte y maquinarias, orientados de acuerdo con las necesidades



Presentación del Segundo Plan Quinquenal en el Congreso de la Nación. El programa apuntó a resolver problemas básicos de la economía.

estratégicas de la economía nacional. Frente a la culminación de la etapa "fácil" de la sustitución de importaciones, se propuso profundizar la integración de la economía nacional promoviendo el desarrollo de las industrias de base, para lo cual se contemplaba la complementación entre el Estado y el capital privado.

Las metas de producción y los programas de inversiones fijados desde la órbita estatal incluyeron metas implícitas para la producción y las inversiones del sector privado. También se planteó coordinar la participación de empresarios y trabajadores en la planificación del desarrollo y en la política económica, buscando redefinir el rol del capital privado en la economía, reconfigurar las formas de intervención estatal en las actividades primarias, apuntalando la consolidación de las cooperativas de comercialización. Como afirmó Gómez Morales: "Ya no se trata de cooperar en la ejecución del derecho económico sino de asumir una función activa en el proceso de su creación". En enero de 1953, comenzaron las reuniones de una Comisión Económica Consultiva, en la que participaron miembros de la CGE.

Una novedad significativa que se expresó en el plan, y que contrastaba con el nacionalismo económico de los principios doctrinarios del peronismo, fue el papel complementario que se concedió al capital extranjero, tanto al crédito y a las inversiones directas como factores de cooperación y estímulo para el desarrollo económico. A tal efecto, en 1953 se sancionó la Ley de Inversiones Extranjeras, que brindaba condiciones más favorables para la radicación de esos capitales, y se entablaron negociaciones en el exterior tendientes a captar el interés de inversores extranjeros.

Por otra parte, se buscó fomentar el incremento de la productividad agrícola-ganadera, objetivo que se vinculaba con la pretensión de aumentar la capacidad de importación incrementando las divisas disponibles a través de una decidida política de promoción de exportaciones.

En líneas generales, el Segundo Plan Quinquenal era muy superior a su antecesor en términos de información y calidad técnica. Gómez Morales había insistido en los errores de estimación que surgieron de la evaluación del Primer Plan Quinquenal, y enfatizó la necesidad de incluir mecanismos de ajuste previstos de antemano. En línea con esas sugerencias, se estableció que las metas de producción para distintas ramas, que de hecho eran muy ambiciosas, podían ser revisadas a la baja en el transcurso del período considerado.

GALERIA

Alfredo Gómez Morales

De panadero al Ministerio de Economía

Nació en 1908 en el seno de una familia de trabajadores inmigrantes que se dedicaron al rubro de la panadería. Alfredo Gómez Morales siguió con dedicación una larga carrera de estudios y servicio público que lo llevó a recibir el título de doctor en Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires y a tener una participación destacada en la política económica del peronismo. Desde 1933 se incorporó a la administración pública, desempeñándose en el área de recaudación tributaria y en instituciones financieras. En 1944 fue el encargado de elaborar la estratégica política de abastecimiento, y luego pasó al Departamento de Agricultura para lidiar allí también con los problemas de oferta, experiencias que sirvieron de base a su trabajo *Las medidas de emergencia en la política de abastecimiento*.

Desde 1949 estuvo simultáneamente al frente del Ministerio de Finanzas y el Banco Central, y en 1952 pasó a conducir el Ministerio de Asuntos Económicos. En esas etapas, Gómez Morales fue un miembro influyente del gobierno peronista y uno de los inspiradores de la nueva estrategia económica. En 1951 publicó su trabajo *Política Económica Peronista*, en el que trataba los temas claves para la reformulación del modelo económico y sugería cursos de acción compatibles con la Doctrina Justicialista. En la tarea de diseñar la política económica y buscar legitimar las medidas adoptadas reconciliándolas con el discurso doctrinario, Gómez Morales estuvo acompañado por integrantes del elenco económico como Roberto Ares, Pedro Bonanni y Antonio Cafiero.

Gómez Morales estuvo marginado de la vida pública durante los 18 años de proscripción del partido peronista, pero volvió a la primera línea de la política económica con el retorno de Perón al poder en 1973. Desde los inicios del tercer gobierno peronista, Gómez Morales estuvo una vez más al frente del Banco Central. Desde esa posición sostuvo constantes disputas con el ministro de Economía José Ber Gelbard, a quien reemplazaría luego de la muerte de Perón con el apoyo de José López Rega, cuyo poder se amplió en el gabinete de Isabel Perón.

En su regreso al Ministerio de Economía le tocó enfrentar una etapa de ajuste de la economía, igual que en el "cambio de rumbo" de los años cincuenta. Para conformar su equipo, convocó a algunos "históricos" del peronismo, entre ellos Antonio López, Miguel Revestido, Carlos Emery, Julio Palarea y Luis Vasallo. La política económica buscó reducir el salario real y el consumo y mejorar la situación de la finanzas públicas. Pero la contracción fiscal y monetaria ensayada no logró recuperar el equilibrio del sector externo, lo cual tornó imprescindible recurrir al capital extranjero. El equipo económico intentó atraer ese tipo de capitales y negociar financiamiento, pero no resultó fácil debido a las definiciones nacionalistas del peronismo, las disposiciones legales iniciales y la fuerte inestabilidad político-institucional. Frente a la persistente caída de las reservas internacionales, tuvo que optar por una devaluación. Esta medida aceleró la inflación y no logró una mejora inmediata en el sector externo, y poco tiempo después Gómez Morales concluyó su última gestión, esta vez sin lograr superar la crisis. Falleció en octubre de 1990.

REPORTAJE A GÓMEZ MORALES

En 1952 se elaboró un plan de estabilización de la economía para hacer frente a la crisis que venía desarrollándose desde un par de años antes.

–El plan económico de 1952 recibió elogios de hasta verdaderos enemigos nuestros como el diario *La Prensa*. Uno de sus periodistas me mandó un libro dedicado donde dice: "Al hombre que supo parar la inflación en la Argentina". Ese plan se preparó en el Banco Central y lo decidió el Consejo Económico y Social. Se le explicó a Perón a fines del '51 que era absolutamente indispensable encontrar la manera de ordenar las cosas porque estábamos en un proceso inflacionario alimentado por un déficit muy grande del balance de pagos y, por supuesto, también del presupuesto (...). Las cosas habían venido mal porque debimos afrontar primero la guerra de Corea, que sirvió para que los aliados crearan la fa-

mosa Comisión de Materiales, que es siempre lo mismo: pagar por lo nuestro lo menos posible y cobrarnos por lo de ellos lo más posible. Esa famosa Comisión de Materiales creada por los países industrializados de Occidente contribuyó a descapitalizarnos indirectamente, porque fomentó las exportaciones pero desmejoró los términos del intercambio. Bueno, perdimos también dos cosechas seguidas. Se perdió parte de la cosecha del '51 y la cosecha del '52. La sequía fue tan grande que los campos ardían espontáneamente. Entonces, los saldos exportables disminuyeron, los términos del intercambio eran adversos; evidentemente fue una situación muy difícil.

¿Tuvieron el apoyo inmediato de Perón?

–Fuimos Cereijo, Ares y yo a verlo a Perón a su residencia y a explicarle con toda franqueza cuál era la situación y pensamos que con ese plan corríamos dos riesgos. Primero, que Perón lo rechazara; segundo, que casi seguro que nos iba a pedir la renuncia a todos. Allí le explicamos minuciosamente el plan que hice yo, que se hizo en el Banco Central. (...) Y le dije: –Y esa tarea, señor, es una tarea entre otras cosas de persuasión y ahí es indispensable su colaboración directa. "No –dice Perón–, la colaboración de todos, tendrán la mía y la de todos ustedes." Y entonces fue cuando Perón, sobre la base del plan, de su puño y letra hizo el borrador de tres conferencias que dio por radio.

¿En qué consistió el plan? ¿Cuáles fueron las principales medidas que se tomaron?

–Se llegó a un acuerdo con la CGT para congelar precios y salarios, que se cumplió por dos años. Después se hicieron infinidad de cosas. Por ejemplo, se puso en caja el presupuesto militar, ordenamos el presupuesto de las Fuerzas Armadas, que se redujo sustancialmente (...) Rescaté un poco mis antecedentes viejos de panadero y decidimos que el pan se podía hacer también con poca harina blanca (...), para lo cual hicimos el pan con afrecho, lo que hoy se dice pan de Graham (...), y con eso evitamos importar de Estados Unidos una cantidad de trigo que hubiéramos tenido que pagar con dólares. Bueno, se comió pan negro y lo comió desde el más humilde



Alfredo Gómez Morales: "Decidimos que el pan se podía hacer con afrecho" para ahorrar divisas por la importación de trigo de EE.UU.

hasta los Anchorena. No había más pan que ese. También se llegó hasta a suprimir el café de la administración. Perón convidaba a los embajadores con mate cocido para economizar una punta de divisas que le dábamos a Brasil todos los años (...). Al exterior no podía salir ningún funcionario que pudiera ser reemplazado por alguno que ya estuviera allí prestando servicios en las embajadas. (...) El eje central no estuvo en la congelación de precios y salarios, sino que se hizo una economía global de todo el aparato administrativo de la Nación. (...) Por otro lado, se dio un gran impulso al desarrollo industrial. (...) Yo creo que el plan de 1952 merece ser leído porque es un plan que busca el equilibrio económico en su conjunto.

Reportaje efectuado por Mario Rapoport y Graciela Sánchez Cimetti en octubre de 1987, en el marco de una Historia Oral de la Política Económica y Exterior Argentina realizada para un proyecto del Conicet.



Edificio de la Comisión Nacional de Granos y Elevadores. El gobierno impulsó obras para mejorar el almacenamiento a granel de las cosechas.

4 La política agraria y *la experiencia del IAPI*

Las enseñanzas de la crisis llevaron al gobierno a definir con más precisión el horizonte de su proyecto económico: el desarrollo industrial integrado se consolidó como estrategia general. Pero también tuvo en cuenta la imposibilidad de continuar impulsando ese desarrollo a través de la transferencia de ingresos provenientes del sector agropecuario. La caída de los precios internacionales de los cereales, que acompañó el estallido de la "revolución verde" en Estados Unidos y su progresiva extensión sobre tierras europeas, contrajo sensiblemente la renta obtenida por los productores agrarios. Esto planteó un límite a la obtención de recursos extraídos de esa fuente, restricción que se hallaba más próxima en la medida en que no se alterara el régimen latifundista de propiedad de la tierra. En 1953 Perón buscó disipar la incertidumbre de los terratenientes, descartando la posibilidad de una inicialmente reivindicada reforma agraria y asegurando que la gran propiedad no era un obstáculo para el desarrollo económico. Sin embargo, el beneplácito hecho público por la Sociedad Rural Argentina ante esas manifestaciones y la conformidad con el giro de la política económica apenas disimulaba la hostilidad encubierta que la burguesía agropecuaria mantenía hacia el gobierno peronista.

La devaluación dispuesta en 1949, acompañada por el permiso del gobierno de aumentar la cantidad de productos de exportación que se podían negociar en el mercado libre, mejoraron los precios relativos a favor del agro. Esto fue así, pues una parte importante de la producción del sector era vendida en divisas al exterior, mientras sus costos eran en moneda local. Sin embargo, la situación del campo fue afectada por las graves sequías que se sucedieron entre 1949 y 1952, que produjeron una pérdida de alrededor de 10 millones de toneladas de cereales, lino y girasol. En ese período llegó a cosecharse menos de la mitad de la superficie sembrada, la cifra más baja hasta ese momento en la historia de la agricultura argentina. El panorama fue más grave aún para la ganadería porque la sequía determinó la pérdida casi total de los pastoreos naturales y los alfalfares. Ello afectó la capacidad de recepción y engorde del ganado y, sobre todo, la parición.

Esas circunstancias coyunturales se sumaron a problemas de índole más estructural, que remitieron a las dificultades para seguir incrementando la superficie de tierras productivas, el carácter extensivo de la explotación agropecuaria y el bajo grado de utilización de maquinarias y agroquímicos, que atentaron contra el incremento de la producción. Ese estancamiento puso a su vez en contradicción la búsqueda de un mayor nivel de exportaciones con el estímulo a la demanda interna provisto por el crecimiento de la población y del poder adquisitivo de los salarios.

El gobierno comenzó a impulsar obras para mejorar

la distribución y el almacenamiento a granel de las cosechas levantadas, como la construcción de elevadores de campaña y silos subterráneos, que contribuyeron a reemplazar las bolsas de arpillera, un producto de importación. Esto era acompañado por la intensificación del programa de mecanización rural y la distribución de semillas, tendientes a elevar la productividad por hectárea. En esta misma línea, se trazaron los lineamientos para la organización del sistema de investigación y del servicio nacional de sanidad agropecuaria, que sirvieron de antecedente para la conformación del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), fundado bajo el posterior gobierno de la autodenominada "Revolución Libertadora". Finalmente, se intentó estimular el aumento de la producción modificando el impuesto a los réditos, que se propuso aplicar de allí en adelante en función de la productividad media del predio, y no de la renta real, con el fin de castigar fiscalmente a quienes explotaban mal sus propiedades y beneficiar a los más eficientes.

En paralelo a esas redefiniciones en las políticas de largo plazo, que insinuaban un renovado interés en el sector, se operaron modificaciones importantes en la política de precios y en el sistema de comercialización operado por el IAPI. El cambio de signo en la política de asignaciones y transferencias de ese organismo fue preanunciado con su reforma en 1949, que permitió el ingreso de representantes del agro y del comercio en su directorio, que hasta entonces había mantenido mayor autonomía respecto de los intereses del sector privado.

Los precios básicos ofrecidos a los productores quedaron por encima de los precios internacionales, por lo que la dirección de los recursos transferidos se invirtió: el IAPI empezó a subsidiar la exportación, acumulando como contrapartida un déficit creciente, financiado a través de mayor emisión monetaria. Al mismo tiempo, se mantuvo estable el tipo de cambio importador correspondiente a los productos generalmente adquiridos por el agro, evitando de ese modo que se incrementaran sus costos. También se ampliaron los subsidios directos, como en el caso de los frigoríficos, que en 1950 recibieron fondos considerables para afrontar el impacto de la caída del acuerdo con Gran Bretaña y la interrupción de los embarques con destino a ese país. La consecuencia fue un déficit que aumentaba y que demandaba el auxilio por parte del Banco Central, elevando así la emisión monetaria y alimentando la presión sobre los precios. Esta situación continuó hasta que el IAPI fue despojado de sus funciones en 1954, cuando se crearon el Instituto Nacional de Granos y Elevadores y el Instituto Nacional de Carnes. Esas entidades públicas pasaron a operar a cuenta del IAPI.

A partir de 1949, y a la par de la caída en los precios internacionales de las materias primas, las operaciones "directas" del IAPI dejaron lugar a las operaciones "a diferencial" y "calzadas", realizadas por intermediarios privados. Estas transacciones fueron especialmente utilizadas para la colocación en el exterior de la producción ganadera y supusieron mantener el rol regulatorio sobre los flujos de comercio. En los casos particulares del trigo y del lino (materia primas para la producción de harina y aceites, respectivamente), el IAPI se encargó de destinar una parte de la cosecha adquirida para abastecer los molinos y plantas aceiteras locales, vendiendo el cereal y la oleaginosa a los mismos precios convenidos con el productor.



Entrada a una exposición del IAPI en el Puerto de Buenos Aires.

Finalmente, en 1955 la Revolución Libertadora dispuso por decreto la liquidación del IAPI, proceso que recién culminaría en 1969. No resultó casual que el cierre del IAPI haya sido una de las primeras medidas adoptadas por el gobierno militar que derrocó a Perón. La constitución del IAPI acentuó la oposición al peronismo por parte de los intereses agropecuarios, que percibieron que el Estado se apropiaba de una riqueza que les pertenecía. Esa idea se retroalimentó con aquella que juzgaba en forma negativa la intervención estatal, en tanto se apartaba del mecanismo regulador "natural" del mercado, y cuya discrecionalidad se asociaba con las acusaciones por corrupción en los manejos de los recursos del IAPI.

En relación con la "perturbación" del libre movimiento de las fuerzas del mercado, y con el fin de evitar un análisis abstracto de la historia económica de nuestro país, deben tenerse en cuenta las condiciones que imperaban por ese entonces en el mercado mundial. Como consecuencia del conflicto bélico que había concluido en 1945, los principales países beligerantes habían organizado sus respectivos abastecimientos de productos primarios, en especial alimentos, mediante la creación de organismos estatales de compra que actuaban en forma indepen-

diente o coordinada con los de otros países aliados, como el llamado *Combined Food Board*. Finalizada la contienda, esas potencias decidieron continuar con esas misma política de adquisiciones para hacer frente a la escasez que atravesaban, mientras que la presión sobre el abastecimiento de artículos manufacturados, cuyo aprovisionamiento dependía en gran medida de los Estados Unidos, aceleraba la suba de sus precios. De esta manera, la centralización de las transacciones comerciales en la esfera del IAPI era la forma de responder a ese escenario bien alejado de la "competencia perfecta".

Por su parte, desde la esfera oficial se hizo hincapié en que la "intromisión" del Estado en la cadena de comercialización permitió nacionalizar las ganancias que hasta ese entonces habían sido usufructuadas por los grandes oligopolios internacionales y sus subsidiarias locales, como Bunge & Born y Dreyfus. Además, se sostuvo que la política de precios básicos implicaba para el productor asegurarse un precio de venta estable y por adelantado, independizándose así de las fuertes oscilaciones que esos valores experimentaban en el mercado mundial. En ese sentido, los organismos creados por el régimen conservador, como la Junta Nacional de Granos, eran un antecedente del IAPI, aunque éste tuvo funciones más amplias y mayores facultades de intervención. De hecho, una de las críticas más fuertes a la política agraria y al IAPI provino de sectores de izquierda, que acusaron al peronismo de no haber avanzado con una reforma agraria que eliminara el latifundio.

> El IAPI acentuó la oposición al peronismo por parte de los intereses agropecuarios, que percibieron que el Estado se apropiaba de una riqueza que les pertenecía.

No obstante, y para comprender el enfrentamiento con los sectores terratenientes, debe tenerse en cuenta que la política del IAPI se sumó a la sanción del Estatuto del Peón en 1944 y de la ley 13.240 de 1948, que estipuló el marco legal para la prórroga de los contratos de arrendamiento y los cambios en las condiciones de explotación por parte de los arrendatarios. Es decir que, por un lado, se intervino en la esfera de las relaciones laborales, pautando el nivel del salario mínimo y las vacaciones pagas, y reglamentando aspectos relacionados con el descanso, el alojamiento y sus condiciones de higiene, la alimentación y la estabilidad del empleo. Y, por otro lado, se regularon los valores de arrendamiento, se impidió el desplazamiento de los arrendatarios y se les otorgó a éstos la facultad de incrementar la superficie destinada a la explotación ganadera, que por entonces contaba con mejores precios relativos.



La posición de la

LOS HIJOS DEL AGRICULTOR

"(...) Desearía expresar la opinión de la Sociedad Rural Argentina, dada a conocer antes de ahora, a favor de un sistema de comercialización que permita que el resultado neto de la venta de nuestras cosechas llegue íntegro a manos del productor.

"No quisiéramos que se interpretaran estas manifestaciones como el deseo de volver a la situación de hace algunos años, en la que el comercio de granos era usufructuado por unos pocos, pues sería pedir entregar indefensos a los productores a manos de aquellos intermediarios tan combatidos (...).

"(...) Las exigencias incomprensivas de los obreros rurales han hecho peligrar más de una vez la subsistencia de una producción agrícola. (...) Se ha pretendido más de una vez que los hijos del agricultor se apartaran y no trabajaran al lado de sus padres, obligando a éstos a emplear trabajadores y braceros extraños a la explotación. ¿Cómo puede ser eso normal? La verdad, lo estable, lo deseable es que la familia del agricultor tenga prioridad en las labores de un predio sobre cualquier jornalero de afuera."

Texto del discurso pronunciado por el presidente de la Sociedad Rural Argentina, don José Alfredo Martínez de Hoz, en 1947.

PRODUCIR MÁS Y MEJOR

"(...) lo cierto es que el Gobierno, productores y trabajadores, están influenciados por el espíritu que anima los postulados esenciales del Plan (se refiere al Segundo Plan Quinquenal), que podemos concretar en el deseo de producir más y mejor, con una adecuada distribución de la riqueza resultante.

"Mientras tanto el campo ha gozado de amplios y liberales créditos en los bancos oficiales; se han mantenido los precios de los frutos y productos no obstante la notable baja registrada en los mercados consumidores del exterior; se han tomado medidas para la agilización de las normas sobre comercialización de las cosechas y los ganados; se ha dado injerencia en los negocios públicos a entidades representativas de la producción, el comercio y la industria, y se ha ido afirmando la colaboración recíproca de intereses económicos encontrados, bajo la atenta vigilancia estatal."

Anales de la Sociedad Rural, "El agro y la Revolución Libertadora" N° 1, enero de 1955, p. 11.

Sociedad Rural Argentina



José Alfredo Martínez de Hoz, en un discurso en la Exposición de la Sociedad Rural Argentina.

EL TRIUNFO DE LA CIVILIZACIÓN

"El espíritu rural argentino, que infundió aliento a los hombres de 1866 cuando se constituyó la Sociedad Rural Argentina, se ha mantenido intacto hasta nuestros días aun cuando en algunos momentos obscuros para el país tornáronse inciertas y sombrías sus perspectivas al ponerse en peligro la paz y la tranquilidad pública. Un fervoroso anhelo trató entonces de imponerse ante la voz naciente de la independencia y condujo a los hombres de buena voluntad hacia la tierra hosca y dura conquistada al indio en cruentas jornadas que culminaron con el triunfo de la civilización y del progreso.

Hoy, ante otros estremecimientos de no menor trascendencia para la prosperidad y grandeza de la Nación, nuevamente nos sentimos conmovidos, como si una fuerza irrefrenable, superior a la de nuestra propia voluntad, nos pusiera en el caso de defender a toda costa la dignidad y el prestigio de la República. Es ese mismo espíritu rural argentino que resurge estimulado en estas horas inolvidables que está viviendo el país, empuñando como únicas armas sus nobles instrumentos de labor. Es ese mismo espíritu que presta oídos a la voz de la libertad, con ansias de progreso, luces de esperanza y rumor de colmenas. Toda la Nación vive de las actividades del campo, así como el campo vive y se nutre a su vez de sus propias fuerzas substanciales. No se escuda en privilegios ni se duerme en laureles (...) Clama por leyes que amparen los derechos de los trabajadores del campo, por brazos que levanten sus cosechas, por implementos que aumenten su producción agrícola, no por mensajes, ni discursos ni promesas. Una dura lección acaba de enseñarnos cuán peligrosos resultan los excesos de retórica y de razonamientos amoldados a ciertas circunstancias ajenas a las reales necesidades de la campaña, tras de las cuales han pretendido disfrazarse un sinnúmero de ambiciones desmedidas, de siniestras arbitrariedades, de increíbles actos de sensualidad de mando escudados en este hospitalario rótulo: Nueva Argentina. Dos palabras apenas con las cuales se profanaba el nombre sagrado de la Patria y se corría una espesa cortina como para desentrañar al pueblo de un honroso pasado histórico (...)

"Las características agrarias de la República Argentina, la enorme superficie aprovechable de sus territorios, agregada a la excepcional calidad de una gran parte de su suelo, la bondad de su clima, la distribución de aguas, han hecho de su territorio uno de los más favorablemente dotados para la aplicación del trabajo humano a la tierra. (...) El cultivo del suelo y la cría de ganado han constituido y constituyen nuestra riqueza fundamental. (...) Es con estos sentimientos que nos disponemos a trabajar, invocando a Dios por sobre todas las cosas, exhortando a los productores para que aunando esfuerzos y multiplicando energías se pongan del lado del derecho, de la paz y de la justicia."

Anales de la Sociedad Rural Argentina, 1955, Nº 10, octubre de 1955, p. 439.



La misión Cereijo

POR MARIO RAPOPORT

El 15 de marzo de 1950, el ministro de Hacienda y presidente del Consejo Económico y Social, Ramón Cereijo, viajó a los Estados Unidos con el motivo oficial de presidir la reunión del Consejo Económico y Social de la OEA. Sin embargo, la principal finalidad de su visita consistió en avanzar en las negociaciones con Estados Unidos para lograr un arreglo que le permitiera a la Argentina refinanciar las deudas comerciales que había contraído con ese país y obtener líneas de crédito para la realización de futuras importaciones.

Desde principios de 1949, año en el que las importaciones provenientes de Estados Unidos cayeron a un tercio de las de 1948, la Argentina se hallaba en una situación de virtual cesación de pagos. La normalización de la deuda comercial fue un aspecto relevante, si no el central, de la visita que el Secretario de Asuntos Latinoamericanos de Estados Unidos, Edward Miller, realizó al país a principios de 1950 y que motivó el ulterior viaje de la misión Cereijo.

Para evitar el vaciamiento de las reservas de oro, se dispuso un régimen de pagos mensuales para las acreencias comerciales, al tiempo que se obstaculizó la remisión de ganancias por parte de las filiales extranjeras a sus casas matrices.

Durante su estadía en los Estados Unidos, Cereijo se reunió con representantes de los principales intereses norteamericanos en nuestro país y manifestó la voluntad de lograr "el restablecimiento de las líneas tradicionales del crédito comercial y bancario", para lo cual reconoció la necesidad de cancelar las obligaciones impagas que habían contraído algunas firmas comerciales. La concreción de un acuerdo con el Eximbank para que financiara las exportaciones estadounidenses a la Argentina era también la forma de evitar la contratación de un empréstito intergubernamental, alternativa que se hallaba descartada por la postura del gobierno de Perón. El 1º de mayo de 1950, con las tratativas ya avanzadas, Perón reafirmó que "me cortaré las manos antes de poner mi firma en el acta de ninguna cosa que signifique un préstamo para mi país". A pesar de ello, y en respuesta a las demandas del Departamento de Estado para avanzar con la línea de crédito, el gobierno nacional otorgó algunas concesiones a los capitales estadounidenses radicados en el país.

La posibilidad de acceder a importaciones provenientes de los Estados Unidos era una necesidad fundamental del proceso de industrialización, y el

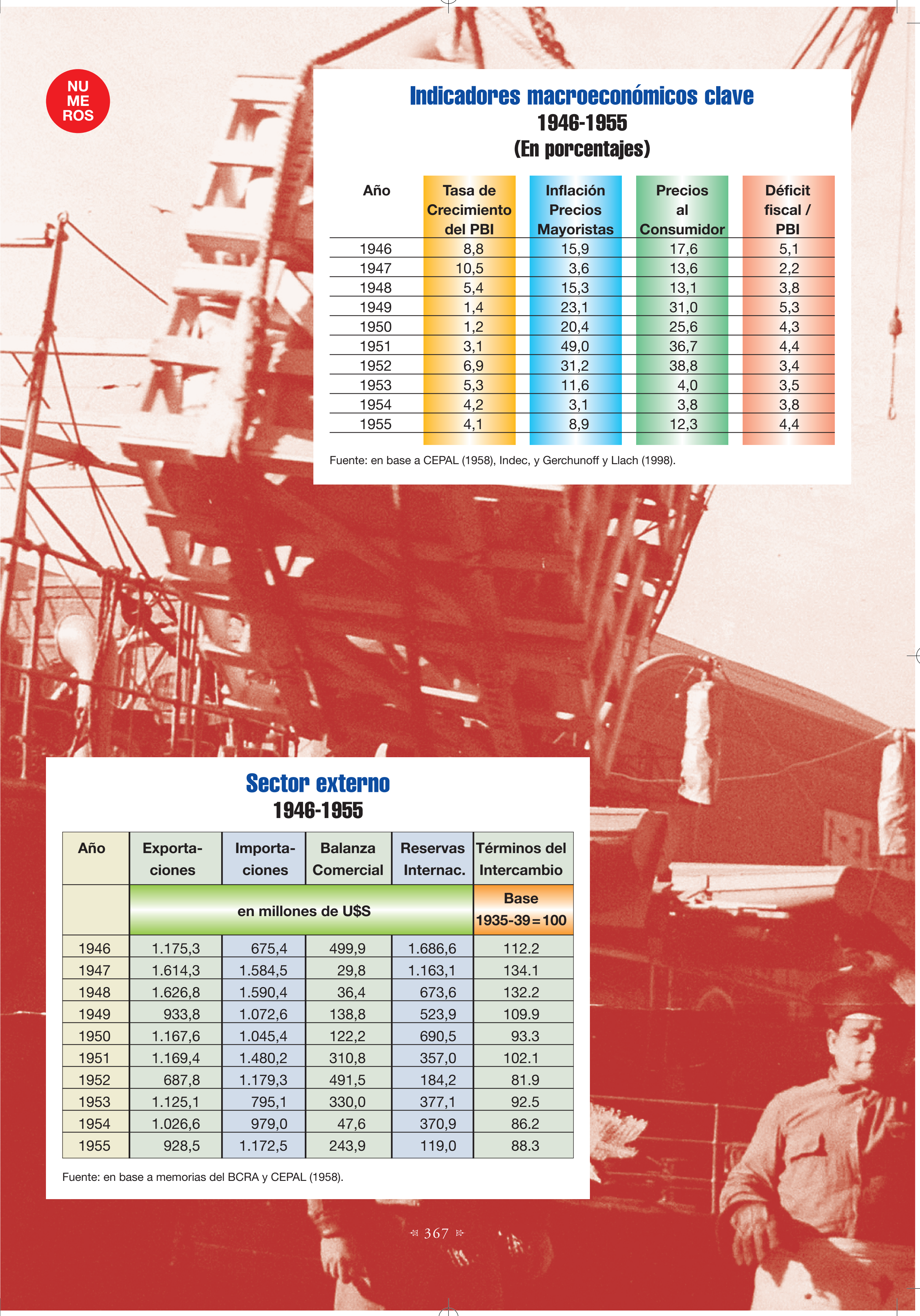


Ramón Cereijo, ministro de Hacienda, negoció financiamiento de EE.UU.

déficit comercial de 1949 había agravado las dificultades que presentaban las características del sistema monetario internacional de ese entonces, que tornaron inviable el sostenimiento del triángulo comercial con Gran Bretaña. Además, la inminencia del estallido de la guerra de Corea contribuyó a tratar de recomponer las relaciones con la potencia hemisférica.

El financiamiento también encontró objeciones dentro de los Estados Unidos. Los medios liberales y sindicales se opusieron a lo que calificaban de "salvataje" del gobierno de Perón, al que juzgaban como una dictadura totalitaria de derecha. Asimismo, los intereses agrarios rechazaron la posibilidad de fomentar la producción agrícola argentina (por ejemplo, vía la exportación de maquinaria agrícola), previendo que, una vez caído el Plan Marshall, ello significaría una mayor competencia por el mercado europeo.

Finalmente, el 5 de mayo de 1950 se alcanzó una fórmula de solución, aunque recién se implementó en noviembre de ese año. El Eximbank desembolsó un crédito por 125 millones de dólares que se destinó, fundamentalmente, a pagar obligaciones comerciales adeudadas, recibiendo a cambio pagarés de un consorcio de bancos privados y oficiales argentinos con la garantía del Banco Central. Si bien el convenio sirvió para saldar pasivos contraídos, la propuesta final estuvo lejos de satisfacer las aspiraciones del gobierno argentino, que buscaba acceder a un programa más extenso de créditos para poder afrontar las compras requeridas por su estructura productiva. Por su parte, los exportadores estadounidenses resultaron los interesados más beneficiados, al tiempo que se postergaron las demandas de aquellas empresas que, como la American Foreign Power, se hallaban en conflicto con la administración peronista.



Indicadores macroeconómicos clave
1946-1955
(En porcentajes)

Año	Tasa de Crecimiento del PBI	Inflación Precios Mayoristas	Precios al Consumidor	Déficit fiscal / PBI
1946	8,8	15,9	17,6	5,1
1947	10,5	3,6	13,6	2,2
1948	5,4	15,3	13,1	3,8
1949	1,4	23,1	31,0	5,3
1950	1,2	20,4	25,6	4,3
1951	3,1	49,0	36,7	4,4
1952	6,9	31,2	38,8	3,4
1953	5,3	11,6	4,0	3,5
1954	4,2	3,1	3,8	3,8
1955	4,1	8,9	12,3	4,4

Fuente: en base a CEPAL (1958), Indec, y Gerchunoff y Llach (1998).

Sector externo
1946-1955

Año	Exporta-ciones	Importa-ciones	Balanza Comercial	Reservas Internac.	Términos del Intercambio
	en millones de U$S				Base 1935-39=100
1946	1.175,3	675,4	499,9	1.686,6	112.2
1947	1.614,3	1.584,5	29,8	1.163,1	134.1
1948	1.626,8	1.590,4	36,4	673,6	132.2
1949	933,8	1.072,6	138,8	523,9	109.9
1950	1.167,6	1.045,4	122,2	690,5	93.3
1951	1.169,4	1.480,2	310,8	357,0	102.1
1952	687,8	1.179,3	491,5	184,2	81.9
1953	1.125,1	795,1	330,0	377,1	92.5
1954	1.026,6	979,0	47,6	370,9	86.2
1955	928,5	1.172,5	243,9	119,0	88.3

Fuente: en base a memorias del BCRA y CEPAL (1958).

Bibliografía

BANCO CENTRAL DE LA REPÚBLICA ARGENTINA, *Memorias Anuales*.
BARSKY, OSVALDO; GELMAN, JORGE, *Historia del agro argentino: desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Mondadori, Buenos Aires, 2001.
CAFIERO, ANTONIO, *De la economía socialjusticialista al régimen liberalcapitalista*, Buenos Aires, Eudeba, 1974.
CEREIJO, RAMÓN, *Hacia un nuevo y mejor conocimiento de la verdadera situación económica argentina*, Buenos Aires, Ministerio de Hacienda, 1950.
FERRER, ALDO, *Crisis y alternativas de la política económica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.
FLICHMAN, GUILLERMO, *La Renta del Suelo y el desarrollo agrario argentino*, Siglo XXI, México, 1977.
GERCHUNOFF, PABLO y LLACH, LUCAS, *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas,* Buenos Aires, Editorial Ariel, 1998.
GÓMEZ MORALES, ALFREDO, *Política económica peronista*, Buenos Aires, Escuela Superior Peronista, 1951.
MALGESINI, GRACIELA; ALVAREZ, NORBERTO, *El Estado y la economía, 1930-1955*, CEAL, Buenos Aires, 1983.
PERÓN, JUAN DOMINGO, "El plan económico de 1952: su ejecución y control", *Horizontes Económicos*, vol. 8, Nro. 78, 1952.
PETER WALDMANN, *El peronismo 1943-1955*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985.
PRESIDENCIA DE LA NACIÓN, *Segundo Plan Quinquenal*, 1953.
REVESTIDO, MIGUEL, "Algunos aspectos del Segundo Plan Quinquenal", en *Hechos e Ideas*, Nros. 112-113, 1953.
RAPOPORT, MARIO, *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003)*, Emecé, Buenos Aires, 2007.
RAPOPORT, MARIO y SPIGUEL, CLAUDIO, *Estados Unidos y el peronismo: la política norteamericana en la Argentina, 1949-1955*, Buenos Aires, GEL, 1994.
ROUGIER, MARCELO; FISZBEIN, MARTÍN, "De Don Derrochín a Maese Ahorrín. El fomento del ahorro durante la experiencia peronista", en Patricia Berrotarán, Aníbal Jáuregui y Marcelo Rougier (eds.), *Sueños de bienestar en la Nueva Argentina. Las políticas públicas durante el peronismo, 1946-1955*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2004.

Ilustraciones

(Tapa) Perón saluda a la gente en exposición del auto Justicialista. Fuente: Archivo General de la Nación.
(Págs. 354, 355, 356, 357, 359, 361, 362, 365, 366 y 367) Archivo General de la Nación.
(Pág. 363) Novick, S., IAPI. *Auge y decadencia*, Catálogos, Buenos Aires, 2004.